

El don de la fortaleza perfecciona el acto de la virtud de la fortaleza, pues nos hace dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo en el peligro.

Las virtudes adjuntas a la fortaleza son, principalmente, la magnanimidad que presupone la confianza virtuosa y la seguridad, la magnificencia, la paciencia, la longanimidad, la perseverancia y la confianza.

Dados los actos que integran la fortaleza - el soportar y el atacar - se incorporan a esta virtud: 1o. en relación al ataque: la magnanimidad, la confianza virtuosa, la seguridad y la magnificencia; 2o. en relación al acto de soportar: la paciencia, la perseverancia, la constancia y la longanimidad.

La magnanimidad puede ser definida como la virtud que mueve a la búsqueda del cumplimiento de las obras que son dignas de los grandes honores. Adviértase que no se quiere el honor por sí mismo, sino se quiere merecerlo en la realización noble de las grandes tareas. Los vicios por exceso son la presunción, la ambición y la vanagloria. El vicio por defecto es la pusilanimidad.

La magnificencia tiene por objeto los hechos exteriores grandes o suntuosos. Para los grandes resultados, afronta los grandes gastos. Tiene como vicios: la parsimonia, como defecto, y la profusión, como exceso.

Los vicios contrarios a la perseverancia son la molicie y la pertinacia.

LA TEMPLANZA.

La templanza regula las pasiones del apetito concupiscible, sobre todo - las delectaciones del tacto. La templanza adquirida las disciplina según las reglas de la recta razón como conviene al hombre honesto; la templanza infusa las reduce a servidumbre según la regla de la fe, y hace descender la luz de la gracia hasta la sensibilidad, como conviene al hijo de Dios. Esta virtud es justo medio y cumbre entre la intemperancia o desenfreno y la insensibilidad.

Se divide en muchas especies: la abstinencia y la sobriedad, que miran a las delectaciones relativas a la comida y a la bebida; y la castidad que mira a las delectaciones relativas a la generación. La castidad, que es, por eso, una virtud es distinta del pudor, inclinación natural laudable y, en general, tímida. Hay que señalar también la virginidad consagrada a Dios, distinta de la castidad, porque ofrece a Dios la integridad perfecta de la carne y el renunciamiento para toda la vida a toda inclinación carnal. Es superior al matrimonio, como la contemplación divina a que dispone es superior a la propagación de la especie.

Con la templanza están vinculadas, como virtudes adjuntas, la humildad, que reprime el amor desordenado a nuestra propia excelencia, y la dulzura que refrena la ira.

Santo Tomás trata con profundidad de la humildad, cuya virtud consiste en acatar la infinita grandeza de Dios y todo cuanto de Dios hay en todas las criaturas. El humilde reconoce prácticamente que lo que es por sí mismo (su defectibilidad, su indigencia, sus deficiencias) es inferior a lo que cualquier otra persona ha recibido de Dios, desde el punto de vista natural o sobrenatural. La humildad es una virtud fundamental en cuanto que preserva del orgullo, principio de todo pecado y en cuanto nos pone en nuestro verdadero lugar delante de Dios, haciéndonos perfectamente dóciles a la gracia divina.

Santo Tomás ha tratado también de la aplicación virtuosa al estudio - es-

tudiosidad -, que es un justo medio entre la curiosidad immoderada y la pereza intelectual que sigue con frecuencia a la curiosidad cuando ésta está satisfecha.

Debemos hacer notar que para la perfección de la vida cristiana el Santo doctor insiste en la necesidad de los 7 dones del Espíritu Santo que están en el alma con las velas en la barca para permitirle que avance con mayor facilidad que la que le permite el trabajo de los remos. Por ello termina la parte moral de la Suma Teológica hablando de la vida contemplativa, de la vida activa, de la perfección cristiana, de los diversos estados de vida y de las gracias o carismas, principalmente de la profecía.

